

MORIR TEMPRANO, MIENTRAS COMULGA EL GENERAL (HISTORIA VERIDICA QUE TERMINA AL AIRE LIBRE)

Como un gran reflector cuya intensidad alguien gradúa para que ilumine al mundo poco a poco, sin explosiones súbitas, despacio pero con firmeza inquebrantable: la luz del día va en aumento. En cosa de media hora, los objetos de la habitación que van cobrando forma, sus aristas que van apareciendo, sus volúmenes integrándose. Claroscuro opaco, grisáceo, que va adquiriendo colores definidos, como el rosa pálido del quinqué de Teresa, en la mesita de noche, en el cuarto de Teresa, el quinqué de petróleo que ella prefiere a la luz eléctrica, uno de los primeros objetos cuya figura al amanecer, en la mesita de noche, cerca de la pared que ella adorna con collares, en el cuarto de Teresa. . .

Al amanecer a veces, a pesar de la proximidad de la piel suave de Teresa, una cierta angustia por esto: la luz que crece y ya nadie la para; el proceso iniciado apenas y ya incontrolable.

Angustia mucho más definida e intensa ahora, desde que estás en la celda. A las seis en punto ahora, cada mañana, luz del pasillo que apaga el vigilante —pasillo largo, luz amarilla, e inmediatamente leve resplandor que ves entrar, apenas tus ojos se acostumbran al cambio: es la luz natural del nuevo día, no iluminándolo todo al mismo tiempo y con la misma intensidad, como en el cuarto de Teresa, sino deslizándose lentamente desde el pequeño orificio enrejado, allá arriba —ventana, lo llaman, resbalando muro abajo, adhiriéndose a la piedra gris y pegajosa con tal de tardar más en avanzar, con tal de regatearte unos segundos de su presencia, esa luz que ya nunca será cálida, luz húmeda y metálica que por fin termina de bajar por el muro y apenas llena la celda en seguida se desborda y se libera y huye —¿quién fuera ella! — por debajo de la puerta. Pero esto, al llegar el nuevo día porque ahora únicamente toda la noche la luz del pasillo hasta que a las seis el vigilante la apague.

La luz del pasillo que se apaga es contar cada día los días que te quedan. Es llegar hoy a la cuenta final y todavía no poder creerlo y todavía parecerte que seguirás contando mañana. Pero mañana estarás muerto.

Al principio preguntas, luchas, protestas, tratas de defenderte. Hasta que una buena mañana te quedas pegado a —colgado de— tu sonrisa: una sonrisa-rietas-arruga-como-tajada que, sin que lo notaras, fue avanzándose por la cara, te la atravesó de lado a lado dejándotela, como por parálisis, estática. A riesgo de llevarte también la piel con ella tratas de quitártela, disimulando, como si nada, como quien se quita un suéter de cuello alto y apretado. Pero insiste, permanece, de manera que acabas por acostumbrarte a ella, tu sonrisa más bien cómica, tu sonrisa no voluntaria, tu sonrisa que el vigilante, al vértela después de otra tanda de golpes todavía incrustada en la cara:

— Así me gusta —te dice—: ya te estás volviendo más amable.

Y con esa sonrisa amable recibes, Andrés Sánchez, la noticia de que el 23 de enero —de que hoy— van a fusilarte.

Algo bueno, sin embargo, te ha sucedido: es, el otro día, creyendo estar ya muerto antes de la fecha señalada, sentir de pronto que puedes volver a sentir y arrancarte la maldita sonrisa del rostro y darle al vigilante, muy en serio, una tremenda patada.

Al principio más que la muerte te preocupa probar tu inocencia. Pero probarla ante qué, ante quién. ¿Qué hacer cuando los culpables te declaran culpable? De manera que es otra vez la muerte lo único —¿la única? — que importa ahora que, dentro de dos horas, vendrán a buscarte.

Acabas de llamar al vigilante: le preguntaste la hora y te dijo —su ojo rojizo a través de la mirilla—, te dijo que eran —estás seguro: el ojo sonreía— las cuatro de la mañana. Y sin abrir la puerta volvió a marcharse.

La puerta sólo la abrirán a las seis, cuando vengan por ti para fusilarte. Al vigilante, no volver a llamarlo. El vigilante dice que Teresa en la cárcel enfermó y murió, pero el vigilante miente. Cuando te llevaron al pequeño cuarto —pasillo largo, luz amarilla, escalera corta, otra vez pasillo, empujones, puertas, rejas, y nunca más los árboles, y nunca más Teresa—, cuando te llevaron para decirte —no se molestaron en simular un proceso siquiera— que iba a ser el 23 de enero: que Teresa había sido puesta en libertad, también te dijeron. Y no es que vayas a creerles, pero lo sabes: que Teresa es la vida misma, que la muerte nada tiene que ver con Teresa.

La humedad de la celda hace tiempo que la tienes en la piel. Hace tiempo que forma parte de tus huesos.

Los bronquios: ramas en tus pulmones, bosque de ramas secas por el que tu figura, cada vez más pequeña, se aleja. El bosque. Y una silla eléctrica. Y los relojes de aquel cuadro: relojes con los cuerpos doblados que cuelgan de ramas muertas, relojes-vivos-gelatinosos palpitando en alguna playa desierta. El bosque y los relojes. Y la silla eléctrica. Y las puntas aceradas de pequeñas dagas que cual hierba, en el campo, siempre hacia el cielo. Las dagas y un pastel de fresas con nata. Todo ahora aparece y se impone en tu mente, ahora que no quisieras pensar en nada, ahora que los golpes y la fiebre, ahora que aquel cuadro y que el cuarto de Teresa, ahora que el asma y los árboles, ahora que tus bronquios, ahora que el sonido agudo en tu cabeza se va haciendo más tenue, sonido como de sirena que se aleja, como aullido que se va perdiendo, que no existe ya sino en el subconsciente, ¿será así cuando la vida se va?, hasta perder el sentido, hasta seguir oyendo la sirena como si fuera para otros, como si no tuviera nada que ver contigo, y así te es fácil disolverte, desaparecer lentamente, diluirte en el aire con el sonido agudo que se aleja, no dejar de vivir de pronto sino, poco a poco, irte yendo, irte perdiendo. . .

No vas a desmayarte. Únicamente que para estas dos últimas horas —¿hora y media? — que te quedan preferirías sólo imágenes tranquilas, tranquilas y más bien frías, como la sombra del árbol





del hule bajo la luna, cuando el viento mueve las hojas jugosas, pesadas, sombra del árbol del hule frente al cuarto de Teresa.

Que Teresa vive; que la muerte nada tiene que ver con Teresa.

Pasos: alguien se acerca a la celda.

¿Habrán adelantado la hora?

Te pones en pie. Acallas el corazón para que no lo oigan latir cuando entren. Tu larga figura delgada, quijote-estudiante-Andrés-Sánchez-mi-cuate, tus músculos tensos, tu cerebro alerta, tus veinticinco años aguardan.

Los pasos siguen de largo. Se alejan.

Y te sientes millonario del tiempo porque tu hora y media no te ha sido estafada. Y ríes porque ante tus ojos junto al catre bailan, tan parecidos, el vaso de aluminio donde todavía queda un poco de agua y el pote que te han dado para hacer tus necesidades. Ríes pero no te equivocas: bebes del vaso de aluminio y no del pote.

Esta mañana con Teresa, tú, un hombre, tú, Andrés Sánchez, vas así nada más, por la calle, y de pronto alguien que te pone la mano en el hombro y después como guillotinas las puertas-trampa que tras de ti se cierran. Y esta tarde ya eres un montón de huesos golpeados, vomitando sangre y sin saber dónde quedó Teresa.

El aburrimiento, Andrés, ¿recuerdas?, el aburrimiento de no estar haciendo nada cuando tenías dos empleos. Pero conseguiste prescindir de uno, quedar sólo con el mejor: suboficina-subadministración-subsección-subempleo, quedar sólo con un trabajo y volver a la universidad y ahora te faltan días para terminar, por lo menos tu carrera, por lo menos lo que te agrada, días para terminar te faltan, te faltaban aquella mañana en el tranvía cuando la mano pegada al brazo empieza a asomar por la manga de la gabardina (no llueve), empieza a estirarse poco a poco para salir, como reptando, y cuando te tiene cerca, ¡zas!, te salta encima, ya no reptil sino alimaña, y se une a la voz —aparentemente humana— que te dice que bajes del tranvía sin armar escándalo. Y tú todavía no recapacitas, crees que te van a multar porque vienes con Teresa del zoológico y les han estado echando cacahuates a los monos-araña y está prohibido dar de comer a los animales.

Pero el de la gabardina:

—¿Estuvieron en la manifestación?

—No —dice Teresa—, no. Venimos del zoológico.

Pero tú:

—Sí, estuvimos en la manifestación antes de ir al zoológico.

Y el de la gabardina: que ya lo sabía, que los ha venido siguiendo, que ya han pescado a otros, que el general es demasiado bondadoso con los estudiantes y que se imponen escarmientos ejemplares con más frecuencia.

Contra el general es muy difícil luchar: al general lo sostienen las grandes potencias. El general lleva una vida disciplinada: comulga y fusila gente, fusila gente y comulga temprano por la mañana. El general vende pedazos de territorio y compra hostias para su desayuno con el dinero de las grandes potencias.

¿Hora y cuarto? ¿Una hora?

Andrés: vas de un lado a otro de la celda. De vez en cuando apoyas en el muro la palma de la mano abierta. O te acercas más aún por sentir el frío en la frente. Frío pegajoso de mugre, este de las paredes. Vuelves a echar a andar, arrastrando con ruido tus zapatos sin agujetas, a riesgo de que te oiga el vigilante y asome por la mirilla su putrefacta cabeza.

Ojo del vigilante pegado a la mirilla. Puede observarte a toda hora, día y noche. Y tú desde el catre, haciendo como que duermes, puedes ver hacia la mirilla y adivinar, pegado a ella, el ojo sanguinoliento, ojo viscoso y babeante que, cual boca de pez que agoniza, despacio se cierra y se abre.

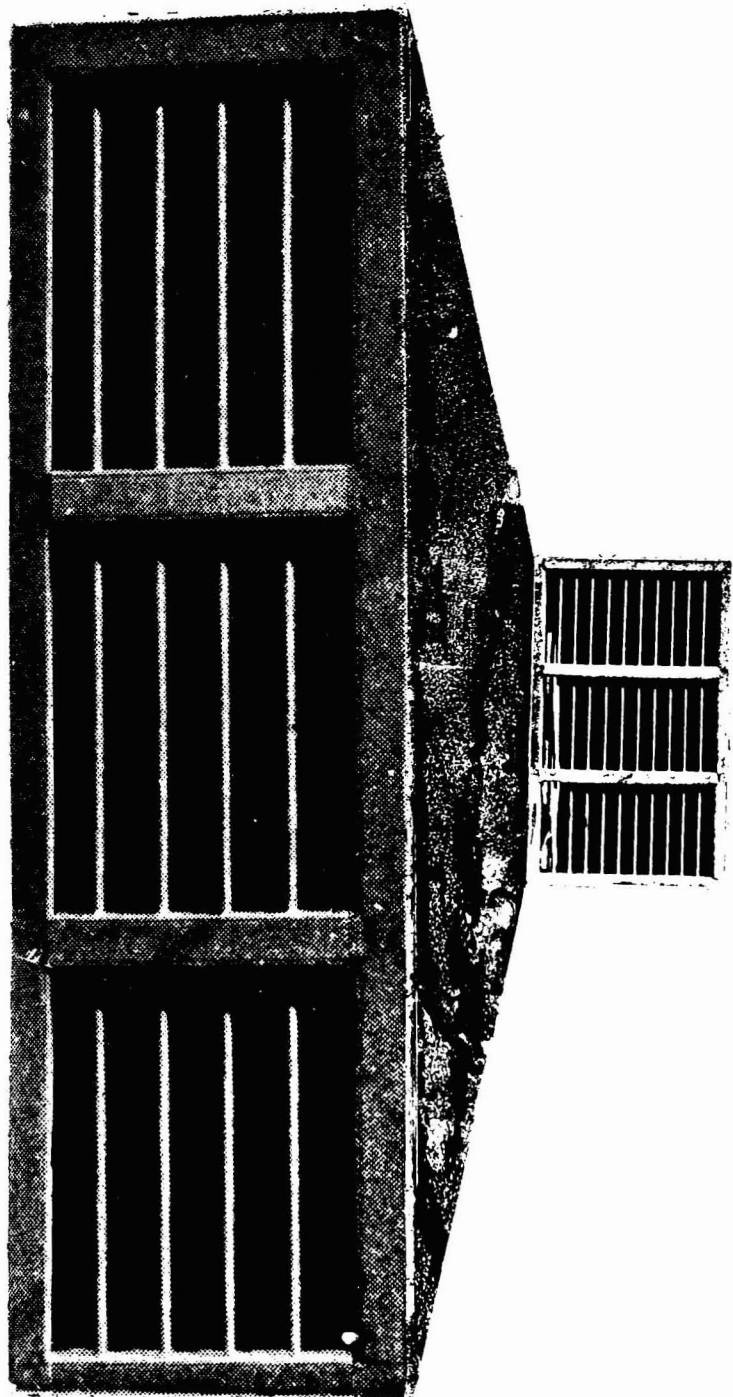
A Teresa no la has vuelto a ver: el de la gabardina se les acercó esa mañana y entonces los insultos, y entonces los corredores y las rejas, y después Teresa ya no está, Teresa está lejos siempre, Teresa ya no está nunca, Teresa está pero dónde. (En una celda, ante un pelotón de fusilamiento).

Teresa vive. Y a ella no la golpearon porque no mató a ningún policía —dijeron bien claro los del pequeño cuarto—: que Teresa no había matado a ningún policía y por eso había sido puesta en libertad. En cambio a ti te mostraron una foto, cara más bien antipática: que es un policía al que has asesinado y por eso te van a fusilar el 23 de enero a las seis de la mañana. Y al de la foto no lo has visto en tu vida y nadie mató a ningún policía y en la manifestación no hubo acto alguno de violencia, pero cuando dices esto otra vez los golpes, corredores, puertas, celdas, corredores, golpes, y de todos modos llega el 23 de enero, es hoy, ha llegado, y ya falta una hora —¿cuarenta y cinco minutos? — para las seis de la mañana.

Dejando resbalar el cuerpo por el muro de la celda —muro que parece estar hecho de materia blanda, ondulación pegajosa que se apresura a adaptarse a tu espalda—, te sientas, Andrés, en el suelo.

Espirales que se convierten en líneas rectas y se alargan y, antes de desaparecer, otra vez hechas curvas se retuercen.

Necesidad de evadirte en busca de formas a través de espacios donde la forma no existe, entre volúmenes que unos a otros se integran para volver a separarse, en constante movimiento. En el aire no flotas ni pisas: sencillamente le perteneces. Esferas equidistantes, de círculos inexistentes. Esferas superpuestas y concéntricas. Túneles que a poco de iniciarse se desvanecen. Lucha a muerte de nebulosas gemelas. Quedar ahí para siempre, exterminado de espacios y de volúmenes y de ausencia de cuerpo. Mantener el



pensamiento en los límites peligrosos y prohibidos, cerca de los abismos siempre, allá donde no digamos ya la vida o la muerte sino cosas verdaderamente importantes (como las exclamaciones y los puntos de interrogación) dejan de tener significado. Quedar en las regiones del aire que son para la música: no la celestial; la música del silencio.

Si no has vuelto a ver a Teresa es sencillamente porque te tienen incomunicado; porque no la dejan llegar a tu celda.

Que Teresa murió en la cárcel, dice el vigilante. Dice el ojo que babea.

Teresa, porque la universidad y porque pintar sus cuadros, porque es una distraída, no sirve para secretaria: perderá el empleo cualquier día de éstos.

Teresa vive, la prueba es que en la madrugada, hacia esta hora, Teresa duerme profundamente de cara a la pared con collares, en el cuarto de Teresa, frente-a-junto-a las demás paredes: fotos de

amor y de guerra, y cuadritos pequeños, y presencias. Flores de algodón en la colcha de Teresa que a ella le gusta dejar toda la noche en la cama. La nuca de Teresa es lugar apacible y cálido para reposar la frente en ella, la boca en ella y dormir enamorado. El sexo de Teresa es lugar para ser siempre habitado; rincón para perder los sentidos ejercitándolos.

De la celda, evadirte hasta no ser ni siquiera una fuerza, ni siquiera una descarga eléctrica. Por las regiones del aire donde no avanzas ni retrocedes ni giras en círculo ni progresas ni estás inmóvil ni tienes manera de desplazarte, donde todo es igual y estático a la vez que mutante. Sensación del que sabe —de quien, de lo que sabe—, de tú que sabes que no puedes sentir nada. Alivio de encontrarse en las regiones donde ya ni el elemento existe, donde ya no importa ni el aire. Y en seguida, como si ajustaras un lente, como si lo enfocaras para hacer volver las cosas a su imagen y proporción iniciales, a la situación inicial, al punto de partida, volver a la realidad —¿y si fuera la irrealdad?— de la celda. Porque, no nos engañemos, las agujas de todos los relojes que hay en el mundo han seguido avanzando durante todo este tiempo, seguirán avanzando hasta llegar a las seis de la mañana.

Llegarán con un cura, cuando vengan a buscarte. No crees en el cura pero sí en el Cristo. (Hay un Cristo-hombre en el cuarto de Teresa.) Al cura le dirás que eres inocente y el cura rezará mientras te matan. Al Cristo no le dirás nada; no es necesario. Al Cristo el general que comulga no puede ensuciarlo.

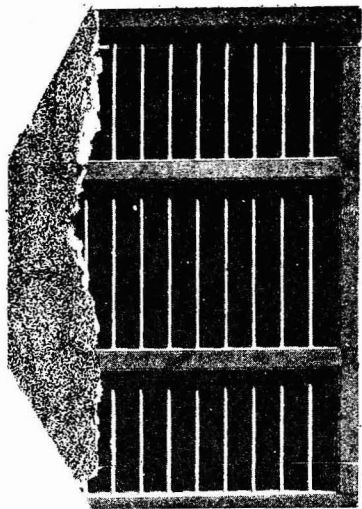
¿Un tranvía? Escuchas, Andrés:

Sí, ahora, ya es de mañana, un tranvía, lejano, que pasa, un tranvía parecido, quizá el mismo, a tu tranvía, al que tomaste aquel día cuando todavía Teresa, cuando todavía los árboles. Puedes oírlos, a veces, como ahora, tranvías parecidos a tu tranvía, tranvías que van y vienen, ahí afuera, porque la gente ahí afuera, porque muchos como si nada, porque esto de los presos políticos ya se sabe y de vez en cuando algunos desaparecen y a otros los fusilan pero siempre llegan más para substituirlos y al fin y al cabo son cosas que suceden desde hace años.

Luz del pasillo. Resplandor amarillento en la celda. Y de pronto, menos de media hora: lo sabes, lo sientes; de pronto de esto tomas conciencia: a tu vida le sobra media hora, o le falta media hora a tu muerte. En la muerte así, tan de cerca, no habías pensado desde el día en que te vinieron a buscar y recorriste todo el pasillo pensando que era el final pero resultó que te llevaban al peluquero. Y esa misma tarde te lo dijeron: que sería el 23 de enero y al aire libre, en el patio.

El aire libre siempre es edificante.

Ni a Teresa ni a los amigos: no los has vuelto a ver. Los amigos



saben que por las rendijas de sus puertas espían día y noche vecinos y porteros; los amigos saben que vas a ver a un compañero y te quedas dentro. Pero sólo la muerte le impediría venir a Teresa. Por eso estás seguro de que Teresa vive y ha venido y no la dejaron verte. Por eso el terror te invade, te sube por todo el cuerpo y gritas de manera inhumana, gritas de desesperación, Andrés Sánchez, de pensar que Teresa haya muerto.

Luz del pasillo. Silencio. Vas hacia la puerta y escuchas. El vigilante —por favor, ahora todo menos verlo—, el vigilante no te ha oído. El vigilante no viene.

Donde ayer no había nada, estrechas rendijas hoy, rendijas nuevas de los muros de la celda para que asomen por ellas los rostros de tus compañeros muertos: Hugo, José, Ernesto, todos la tarde de las ametralladoras, todos en la plaza, ellos sin calabozos, todos en la plaza, hace un año, allí quedaron tirados, por eso fuiste con Teresa a la manifestación, Hugo, José, Ernesto, hace un año, y tú seguiste viviendo, y tú seguiste haciendo el amor con Teresa.

Te alegras de que las paredes dejen de ser muros de cárcel y de que las ocupen queridas presencias. Pero en seguida los rostros, pero las rendijas, pero los rostros ya no puedes verlos. Y en los muros, ni cicatrices ni huellas.

Quiero decirte, Teresa, que nada como decirte, como comunicarnos. Poder protestar juntos de las jaulas para flores y para animales. Quiero decirte, Teresa, que nada como decirte, como hablarte y que tú me hables y cuando callemos poder abrazarte y cuando te abrazo saber que tu forma es perfecta. Quiero decirte, Teresa, decirte hasta terminar con las palabras para que sepas que más que los cambios de estructura en las capas terrestres me interesa la asimetría de tus dientes. Quiero decirte que tú, a todas horas, todos los cuadros que quieras sin tener que ir más a la oficina y que yo, en todo el día, sólo escribir cosas inútiles y amarte y que haremos todo esto cuando seamos millonarios. Quiero decirte que una tarde contigo es regalo de día de cumpleaños. Para acabar pronto, quiero decirte que te amo, Teresa.

Al aire libre, en el patio. Y después los vecinos: "Nosotros apenas lo conocíamos; no lo saludábamos."

Cuando terminó de golpearte, el vigilante te dio un espejo para que te miraras.

Un policía —noticia en el periódico— ametralló a un joven que miraba los espejos en el palacio de Versalles.

Por las galerías de espejos corre la rata. Probar su inteligencia. Constantemente nuevos espejos, cancelas, muros le caen delante. El queso al final del pasillo: la muerte al final del pasillo. La

inteligencia entre los muros ha quedado atrapada.

¿Diez minutos todavía?

Teresa vive. La prueba es que el cuarto de Teresa no sería el mismo si fuera el cuarto de Rosa, o de Ester, o de Juana. En el cuarto de Teresa suceden las mejores cosas. En el cuarto de Teresa el cuerpo de Teresa se instala en la playa de los relojes y se hunde un poco en la arena.

El cuarto de Teresa es también el tuyo. Y para los dos tienen otro cuarto de trabajo. Para hacer el amor, es el cuarto de Teresa.

Teresa y tú llevaban —llevan: ya para pensar en ti empleas el tiempo pasado— un año de casados. Casados como burgueses: ¡es que se querían —se quieren— tanto!

Te estás cretinizando.

Esta muela que ahora te empieza a doler ya no va a necesitar dentista.

Llegarán con un cura, de un momento a otro. Lo que al cura quieres pedirle es que deje en paz a Dios y se busque otra chamba. Dios nada tiene que ver con el general que comulga: al general lo sostienen las grandes potencias. Y tú en tu celda: ya sólo segundos para las seis de la mañana.

La muerte es cuando hablan de ti como si fueras el sillón que antes ocupabas. La muerte son las canicas y los imanes y los tornillos y las piedras y las llaves y las lombrices secas que cuando vivían traían en los bolsillos los niños que han muerto. La muerte es al revés de la risa de un niño y lo mismo que correr porque cierran la tienda a las seis de la tarde. La muerte: más que los sórdidos calabozos del poeta, los mundos extraños de Lautreaumont. La muerte es la canción de hambre y cebolla: canción de Miguel Hernández. La muerte: ronda las casas de los niños desobedientes y las celdas de los hombres atrapados. La muerte: un cuento de hadas que se instala en las trincheras, que con los pelotones de fusilamiento dispara. La muerte: quizás como la vida pero no como Teresa. Teresa vive y la muerte es la ausencia de Teresa. La muerte: qué nos importa si no es que nos importa demasiado. La muerte es la luz de un pasillo que se apaga a las seis de la mañana.

Apenas tus ojos se acostumbran, Andrés, al cambio, puedes ver cómo la otra luz empieza a bajar de la alta y pequeña ventana, la luz natural del nuevo día que empieza a resbalar por los muros. Empieza. Porque ya los pasos se acercan, ya los pasos llegan, ya los pasos.

Te pones en pie. Miras a la puerta de frente.

Y en las paredes, fotos de amor y de guerra. Y un Cristo con las manos con alfileres traspasadas, en el cuarto de Teresa.

Del libro *El otro día de la muerte...*, de próxima publicación en la Editorial Joaquín Mortiz.)